ANDRES A. AMIL

EL OGRO NO LOS PUDO ENTERRAR

4 Discursos contra la DICTADURA

ANDRES A. AMIL

EL OGRO NO LOS PUDO ENTERRAR

4 discursos contra
la DICTADURA

Estos discursos

tienen un solo mérito: la sinceridad. Los pronuncié en una época en que dicen que no era fácil hablar. Nunca quise darme cuenta de ello. Hablé como si fuera fácil. Era necesario suplir el silencio de los que por cálculo, por especulación, o por temor, preferían callar o hablar de otras cosas. Algunos pensaban que corría riesgo tremendo al decir estas cosas. Nunca pensé en ello. Para ser honesto, debo decir que nunca me dí cuenta de que se podía correr riesgo. Quizá preferí no pensarlo mucho para ser leal con mi propia conciencia. En los instantes de peligro, cuando las libertades de los pueblos son cercenadas, el pensar mucho suele reportar una seria defección. Es preferible sentir más y obrar por el impulso, con la conciencia. Cuando se obra lealmente, sin especulación y sin pensar en ventajas, no hay que detenerse mucho en serias meditaciones. Por que los que piensan mucho en la hora del peligro, no tienen tiempo para oír a los pelotones de fusilamiento. Pero los que proceden con lealtad, con convicción, evitan que los pelotones de fusilamiento actúen, permitiendo que antes que ellos, actúen los hombres de la resistencia. Estos discursos fueron dichos, murieron allí.

Hoy, una circunstancia afortunada hace que los conozca, que los lea. Nunca preparé discursos. No puedo decir que los improvisaba. Los llevaba en el alma y en el corazón, El cerebro los interpretaba, los hacía voz. Muchas veces la gente me ha recordado pasajes de discursos que yo no recordaba. Hoy, al leer versiones de los mismos, yo también me he quedado impresionado. Fuí lo suficientemente responsable (de lo que me felicito) para haber dicho algunas cosas que —por lo tremendas— si me hubiera detenido a pensarlas no las hubiera dicho nunca. Hablar de la muerte de Duarte, abofetear a los jerarcas de la dictadura, no se ajustaría a rigideces doctrinarias. Pero era ineludible hacerlo.

Justificar el bombardeo del 16 de junio y hablar de la revolución en marcha —que se produjo en menos de un mes— contribuiría a despejar incógnitas negativas e infundir fe en la lucha. No teníamos derecho entonces a pensar en las víctimas que caían sino en las libertades que debían renacer.

Los discursos renacen en este folleto — otro nombre no me atrevo a darle— por pedido de algunos amigos y correligionarios que siempre me reprocharon no haberlos escrito. Mi respuesta siempre era la misma. Escribirlos exigía reflexiones y frente a un pueblo desesperanzado, angustiado por la creencia de no recuperar su felicidad, lo importante era que los hombres que subíamos a las tribunas no reparáramos en ningún riesgo ni siquiera nos detuviéramos a pensar en ello, por que nuestra prédica y nuestra acción, cuanto más arriesgada fuera, más confianza iba a despertar en la masa anónima de hombres de la resistencia que se acercaban a las tribunas para poder escuchar el canto de la libertad.

Nuestro mérito —que algunos así lo llaman— no ha sido el de haber dicho estas cosas o el de haber arriesgado la tranquilidad o la fortuna. Nuestro mérito estará, con todo lo que hicimos y con todo lo que dijimos, en mostrar hoy al volver a la vida constitucional, un ejemplo de renunciamiento y de abdicación a todas las vanidades y a todas las posiciones, por que solamente así probaremos que nuestra lucha no tuvo otra ambición que recuperar para el país, la libertad, la dignidad, la paz y la concordia entre y para todos los ciudadanos.

Dedico estas páginas a la memoria de mi madre porque estoy seguro que —de haber vivido durante los acontecimientos— no hubiera retenido a sus hijos varones en la calma apacible del hogar y en cambio los aventajaría en la lucha.

Setiembre de 1956

A. A. A.

A PATADAS CON LOS BUSTOS Y LOS RETRATOS

Padre Nuestro

que estás en el bronce! Así decía el poeta, recordándote, ¡oh ilustre Libertador de América! Así podemos llamarte hoy, convocados por esta gran fuerza de la ciudadanía que es la Unión Cívica Radical, invocando tus ilustres manes, como los de todos aquellos próceres que nos dieron Libertad.

Hoy, el pueblo de la República, se congrega alrededor de las tribunas radicales por que viene también en demanda de su libertad. Y así asistimos a estos espectáculos multitudinarios como si, en nuevas Arcas de Noé, el pueblo de la República quisiera refugiarse para escapar de los males bíblicos. Y desde allí... desde esa arca... desde esta arca de la libertad, que son las tribunas del Radicalismo, navegar hacia nuevos rumbos, para empezar una nueva vida.

Acude en demanda de su libertad para salvar los derechos de su cultura, para salvar las ilusiones de su futuro, como si un extraño invasor hollara el suelo de América. El pueblo se congrega desesperanzado a pedirnos noticias para suplir la falsa información.

Nos hace recordar que —en aquellos terribles años de la dominación nazi— cuando las tropas del dictador europeo llegaban a las puertas de París, de ese París que —para bien o para mal— muchas veces el mundo miraba creyendo en-

contrar en ella fuentes de cultura y de civilización, un extraordinario actor de la escena francesa, nada menos que Luis Jouvet, embarcaba su compañía y sus elementos de trabajo en un barco sobre un puerto del Mediterráneo para recorrer el mundo... pues mientras Francia estuviera ocupada, él difundiría la cultura de su Francia por otras latitudes y bajo otras estrellas.

También fué aquella, una especie de Arca de Noé; la cultura de Francia a través de sus grandes artistas, a través de sus grandes almas de interpretación, iba por el mundo a iniciar una nueva vida, a difundir su vieja cultura...—pero, por sobre todas las cosas, a decirle al mundo que también en Francia había amor por la Libertad.

Los que un día tuvimos la suerte de ver a esos extraordinarios intérpretes del espíritu francés; a esos hombres y a esas mujeres, que nos traían un mensaje de Europa, actuar sobre los tablados argentinos, también tuvimos que verlos un día en la calle... desolados, con las lágrimas que surcaban su rostro, porque un incendio devoraba su trabajo de muchos años. Todos sus decorados, toda su utilería, todo su esfuerzo, toda su ilusión, eran devorados por el fuego en un teatro del centro de Buenos Aires. Y a dos metros de ese teatro, casi como tocando las paredes calcinadas, Luis Jouvet lloraba amarga y resignadamente pero con un gesto de firme decisión en su rostro porque sabía que el fuego, como las grandes catástrofes de la Humanidad, como las dictaduras que son la catástrofe de los pueblos, pasan... dejan su rastro de muerte pero, por sobre todo ello, el esfuerzo del hombre reconstruye nuevamente y día a día, con amor y con esperanza la obra para un mañana que siempre ha de ser de Libertad.

También lloran hoy los hombres y mujeres de esta Argentina sumida en la dictadura, porque el esfuerzo de muchos años, el trabajo y las ilusiones de argentinos de diversas generaciones acaban de ser burlados y desconocidos.

Una extraordinaria tradición en materia internacional que tenía el país, acaba de ser burdamente pisoteada por el

gobierno de la dictadura y especialmente por su canciller Remorino.

Apresuradamente, un día, tomó un avión y se fué a Caracas. Nosotros sabemos bien qué es lo que se maquina, qué es lo que se trama en esta conferencia de Caracas. No se han de discutir los grandes problemas de los países de América Latina; no se han de discutir los planes de desarrollo de sus economías sumidas; no se han de discutir los planes de asistencia social y de mejoramiento de las clases trabajadoras y desposeídas de estos países de la América Latina.

Sabemos perfectamente que esta conferencia de Caracas, de llamados países americanos, se reune al solo y exclusivo objeto de dar una vuelta más de tuerca en un proceso de dominación imperialista. Sabemos perfectamente que lo que se procura allí ha de ser la solidaridad incondicional de los estados de América en planes de futura dominación que tendrán su inicio en el país de Guatemala.

Todo el mundo sabe que frente al conflicto planteado entre una empresa comercial, entre un monopolio comercial que succiona la economía guatemalteca, que no se dedica exclusivamente —como muchos creen— a cosechar bananas, sino también a explotar todos los otros aspectos de la economía guatemalteca, se ha alzado la decisión de un gobierno reparador que podrá cometer excesos, los que inevitablemente se cometen en todo proceso revolucionario... y cuando un país vive en revolución no hay que perderse en las ramas, hay que analizar el bosque. Frente a ese propósito decisivo de un gobierno que quiere recuperar un país para su pueblo se alza la insolencia de una empresa ligada a propósitos imperialistas que quiere la intervención de estados hermanos para terminar con un gobierno revolucionario que quiere librar a su país de las ataduras coloniales, de la miseria y de la pobreza. So pretexto de detener la infiltración de una fuerza ideológica, que nosotros no compartimos ni defendemos y que actúa al servicio de una potencia europea, se procura reeditar en América el avasallamiento a la soberanía de un país americano.

¡Qué extraordinaria oportunidad para el país hacer oír su voz, que es la voz de la tradición americana! Que extraordi-

naria oportunidad para el canciller argentino, que hubiera representado en tales circunstancias —porque hablaba en nombre de la historia y de la tradición argentina— no a este gobierno títere de la dictadura, sino a la historia de la Nación, para que levantara su voz en el recinto de las deliberaciones y dijera: Argentina, en nombre de América, no tolera este atropello.

Pero qué podíamos esperar. Cuando el gobierno dictatorial se entera por teléfono y por boca de su canciller que las posibilidades de destruir la maquinación son pocas, rehuye la lucha y le ordena que regrese apresuradamente a Buenos Aires. Todos pensamos: se lo llama al ministro para darle instrucciones precisas y categóricas. Volverá a Caracas para defender una posición que nos es cara a todos los argentinos, porque es la voz de la historia nuestra.

Pero con extraordinaria sorpresa advertimos que el Presidente de la República está distraído en agasajar a los huéspedes oficiales que han llegado para el Festival del Cine y que, en lugar de atender los asuntos de estado que reclaman urgente solución, se distrae con las artistas de Hollywood, de Cinecittá o de la Ciudad Luz. Y cuando el canciller argentino llega a su presencia, el Presidente, con gesto autoritario le ordena: Señor Ministro, póngase un smoking blanco, hágase afeitar bien y siéntese a mi derecha, porque luego tendrá que bailar un vals con esta niña que es actriz de cine.

Porque debe saberse que los visitantes no son recibidos por auténticos artistas argentinos.

En nuestra delegación no están los artistas que luchan por la Libertad. Están los bien pagados por el régimen, pero faltan aquellos que prefieren la dignidad sin escenario antes que la representación sin dignidad. No están Francisco Petrone, Orestes Caviglia, María Rosa Gallo, Arturo García Buhr y tantos otros que han preferido emigrar del país para llevar su inquietud artística a los países de América y Europa, o prefieren transitar en silencio por las calles porteñas, sin una queja al ver que no figuran en letras de luces en los frentes de los teatros y en las marquesinas de los cines.

También es cierto que estos artistas no vienen como lle-

garan aquellos otros del Arca de Jouvet. Aquellos vinieron a difundir cultura y a hablar en nombre de Francia para la libertad y estos en cambio han venido para distraer a un dictador y para distraer a un pueblo.

¡Qué extraordinaria diferencia, también, entre este gobierno y aquellos otros que hicieron honor a la República! Que cosa distinta hubiera sido si gobernaran Hipólito Yrigoyen y Honorio Pueyrredón! Aquellos hombres que hicieron fe y honor de la tradición internacional y acrecentaron el prestigio de la Argentina en el mundo con actitudes que la honraron... como aquella al crearse la Liga de las Naciones. Aquella otra al disponer saludar al pabellón de Santo Domingo, arriado y sustituído por la bandera de un país ocupante. Yrigoyen y Pueyrredón los que decidieron ayudar al Uruguay si sufría invasión de minorías europeas y los que mantuvieron con honradez y limpieza la neutralidad argentina durante la primera guerra en actitud que nunca pudo ser lícitamente censurada.

Pero es que además de no ocuparse de los problemas del país y de su prestigio internacional, el Presidente reune a todas las caras bonitas de la cinematografía mundial y las exhibe desde un balcón porque desde allí va a realizar una arenga. Vale decir que comete la irreverencia de exhibir, ante extraños, problemas que sólo debemos discutir los hombres de este país. Y entre otras cosas dice que los hombres de la oposición vivimos ahora preocupados por su salud.

No aclara si nos referimos a sus inconvenientes hepáticos o gástricos, si nosotros hablamos de sus deficiencias motoras o mentales; pero, dice que no debemos preocuparnos por su salud pues tiene la suficiente como para enterrarnos a todos nosotros. En lugar de hablar como Presidente de la República, los extranjeros pensaron que hablaba como empresario de pompas fúnebres.

Pareciera estar asaltado por algunas ideas macabras; últimamente anda con aficiones necrófilas y es que con relación a los hombres y a los afectos que le podían ser más caros, está realizando una verdadera liquidación de familiares. Está probando ser un perfecto manija de bronce.

Pero nosotros, con la serenidad necesaria, le hacemos la siguiente advertencia. Señor Presidente de la República: por buena que sea su salud —cosa que no nos preocupa ni deseamos que la pierda— queremos significarle que a nosotros no nos podrá enterrar nunca porque, por suerte, no somos de su familia. No se haga problemas con su salud ni con nuestra larga o corta vida; a nosotros no nos interesa el vivir más o el vivir menos ni nos preocupa que Ud. tenga mejor o peor salud. Lo que a nosotros nos interesa terminar es el proceso totalitario dentro de la República. No nos preocupan los personajes. Lo que nos molesta es el sistema y sabemos que con gran esfuerzo lo vamos a liquidar. No sabemos si en este comicio o en otro; creemos incluso que el comicio no termina con este sistema... pero ayuda, contribuye a desgastarlo y facilita su liquidación.

Este proceso totalitario que vive la República exige la total sumisión, necesita ser mayoría en todos los distritos electorales; debe ganar en todas partes para mantenerse por que si perdiera en un solo distrito caería herido de muerte. La sublevación de un distrito quebraría la unanimidad, eso terminaría con el servilismo en que está sumida la República y empezaría la rebelión que, iniciada en cualquier lugar, sea la Capital Federal o sea un punto del interior, no podrá ser detenida, porque será empujada por todos los vientos de la Libertad argentina.

Convocada esta Capital Federal, como todo el país, a comicios para elegir Vicepresidente de la República, —cargo para el que la Unión Cívica Radical levanta esta limpia y extraordinaria figura de Crisólogo Larralde—, nosotros queremos decirle al pueblo de la Capital, que el régimen gana las elecciones en una proporción de 8 a 6... que si nosotros —con nuestro esfuerzo y nuestra prédica— conseguimos modificar el criterio de uno de cada ocho ciudadanos que depositan su voto, mejor dicho que resignan su voluntad a favor del despotismo, habremos emparejado el comicio y habremos liquidado el régimen. Uno sobre cada ocho apenas representa el 12½ % del electorado peronista y si la ciudadanía democrática se pone con fervor a trabajar en esto, que es

un esfuerzo para liberar al país, nosotros habremos derrotado al oficialismo de la Capital Federal, y como consecuencia de ello sus días estarán contados.

Convocamos entonces a la ciudadanía para que luche y trabaje... para que haya un día de triunfo en la República; ese día de triunfo en esta Capital Federal será anuncio de la libertad y yo les aseguro que ese día el pueblo, en júbilo y en gloria, caminará por las calles de la República a patadas con los bustos, con los retratos y con los símbolos de la dictadura.

Desaparecerán de las escuelas los libros de ignominia con que se perturba la mentalidad de los niños argentinos y volverán a las Universidades los auténticos maestros y desaparecerán los profesores flor de ceibo. Los sindicatos recuperarán su libertad, los partidos políticos caminarán por los pueblos y ciudades del país para hacer conocer sus ideas, y el pueblo, en libertad, volverá a elegir y a decidir su destino.

Y de todos estos bustos y retratos que mancillan las paredes de los edificios públicos, que denigran la dignidad y la virtud de los hogares en que son exhibidos, solo dejaremos como recuerdo dos, los que quedarán como símbolo de lo que nunca volverá a repetirse en el país, de lo que nunca deberá ser enseñado a la juventud y lo que nunca tendrán que ver los demás países. Fundiremos los metales y con ellos forjaremos la grandeza del país, haremos máquinas para su industria, rejas para sus arados, rieles para sus ferrocarriles y fundiremos campanas para las escuelas y para las iglesias; para que repiquen con sones de gloria convocando a las grandes festividades de la nacionalidad y para que llamen a sus aulas a la niñez argentina, para educarse y servir mejor el futuro de la República y así podremos volver un día frente a la estatua del Libertador para decirle con humildad y con sencillez: ¡Padre nuestro que estás en el bronce! tu pueblo vuelve a ser digno de tu gesta democrática.

Discurso pronunciado en Plaza Italia, campaña electoral Abril de 1954

Pero nosotros, con la serenidad necesaria, le hacemos la siguiente advertencia. Señor Presidente de la República: por buena que sea su salud —cosa que no nos preocupa ni deseamos que la pierda— queremos significarle que a nosotros no nos podrá enterrar nunca porque, por suerte, no somos de su familia. No se haga problemas con su salud ni con nuestra larga o corta vida; a nosotros no nos interesa el vivir más o el vivir menos ni nos preocupa que Ud. tenga mejor o peor salud. Lo que a nosotros nos interesa terminar es el proceso totalitario dentro de la República. No nos preocupan los personajes. Lo que nos molesta es el sistema y sabemos que con gran esfuerzo lo vamos a liquidar. No sabemos si en este comicio o en otro; creemos incluso que el comicio no termina con este sistema... pero ayuda, contribuye a desgastarlo y facilita su liquidación.

Este proceso totalitario que vive la República exige la total sumisión, necesita ser mayoría en todos los distritos electorales; debe ganar en todas partes para mantenerse por que si perdiera en un solo distrito caería herido de muerte. La sublevación de un distrito quebraría la unanimidad, eso terminaría con el servilismo en que está sumida la República y empezaría la rebelión que, iniciada en cualquier lugar, sea la Capital Federal o sea un punto del interior, no podrá ser detenida, porque será empujada por todos los vientos de la Libertad argentina.

Convocada esta Capital Federal, como todo el país, a comicios para elegir Vicepresidente de la República, —cargo para el que la Unión Cívica Radical levanta esta limpia y extraordinaria figura de Crisólogo Larralde—, nosotros queremos decirle al pueblo de la Capital, que el régimen gana las elecciones en una proporción de 8 a 6... que si nosotros —con nuestro esfuerzo y nuestra prédica— conseguimos modificar el criterio de uno de cada ocho ciudadanos que depositan su voto, mejor dicho que resignan su voluntad a favor del despotismo, habremos emparejado el comicio y habremos liquidado el régimen. Uno sobre cada ocho apenas representa el 12½ % del electorado peronista y si la ciudadanía democrática se pone con fervor a trabajar en esto, que es

un esfuerzo para liberar al país, nosotros habremos derrotado al oficialismo de la Capital Federal, y como consecuencia de ello sus días estarán contados.

Convocamos entonces a la ciudadanía para que luche y trabaje... para que haya un día de triunfo en la República; ese día de triunfo en esta Capital Federal será anuncio de la libertad y yo les aseguro que ese día el pueblo, en júbilo y en gloria, caminará por las calles de la República a patadas con los bustos, con los retratos y con los símbolos de la dictadura.

Desaparecerán de las escuelas los libros de ignominia con que se perturba la mentalidad de los niños argentinos y volverán a las Universidades los auténticos maestros y desaparecerán los profesores flor de ceibo. Los sindicatos recuperarán su libertad, los partidos políticos caminarán por los pueblos y ciudades del país para hacer conocer sus ideas, y el pueblo, en libertad, volverá a elegir y a decidir su destino.

Y de todos estos bustos y retratos que mancillan las paredes de los edificios públicos, que denigran la dignidad y la virtud de los hogares en que son exhibidos, solo dejaremos como recuerdo dos, los que quedarán como símbolo de lo que nunca volverá a repetirse en el país, de lo que nunca deberá ser enseñado a la juventud y lo que nunca tendrán que ver los demás países. Fundiremos los metales y con ellos forjaremos la grandeza del país, haremos máquinas para su industria, rejas para sus arados, rieles para sus ferrocarriles y fundiremos campanas para las escuelas y para las iglesias; para que repiquen con sones de gloria convocando a las grandes festividades de la nacionalidad y para que llamen a sus aulas a la niñez argentina, para educarse y servir mejor el futuro de la República y así podremos volver un día frente a la estatua del Libertador para decirle con humildad y con sencillez: ¡Padre nuestro que estás en el bronce! tu pueblo vuelve a ser digno de tu gesta democrática.

Discurso pronunciado en Plaza Italia, campaña electoral Abril de 1954

DIALOGO ENTRE ELPIDIO GONZALEZ Y DUARTE

Llego de La Plata.

Debía hablar en un acto. Ese acto no se pudo hacer porque en Berisso, otro acto del Radicalismo, ha sido baleado por hombres del régimen. Y los amigos de La Plata, han ido a prestar su solidaridad a los correligionarios de Berisso.

Es un síntoma de lo que vive el país: violencia, desnocimiento del derecho de los partidos de la oposición, falta de garantías, atropellos. Pero igual diremos aquí, desde este local de San José y Chile, algunas de las cosas que no pudimos decir allí. Y ojalá tengamos tiempo para decir algunas más que no pensábamos decir allá.

En estos últimos días, el Presidente de la República, dictador legal, acaba de decir muchas palabras más sobre las muchas que el país lleva soportando desde su aparición en el escenario político. Ha dicho cosas que no se conciben en un presidente de un país moderno.. Aparte de su tono, aparte de las inexactitudes, ha dicho cosas que resultan irreparables. No nos vamos a detener en cada una de ellas, a pesar que nos hemos tomado el trabajo, esa es la expresión, nos hemos tomado el trabajo de analizar el extenso discurso y de subrayar sus contradiciones más notorias.

Parecería que la prédica de los partidos opositores, especialmente la del Radicalismo, en su infatigable lucha para esclarecer los enigmas que el pueblo necesita conocer, van haciendo mella en el ánimo del señor dictador. Parece

que las voces de la calle, haciéndose eco de las denuncias, que nosotros propalamos día a día desde las tribunas radicales, empiezan a hacerse oir en los estrados de la Casa de Gobierno. Con el fin de atajarlas, ha hecho este nuevo discurso en tono que le es caracterísitco, los arrebatos que ya todos le conocemos y con las mismas inexactitudes que son su característica principal.

Dice que los hombres de la oposición somos charlatanes y mentirosos a los que no se nos debe escuchar. Por eso vamos a tratar de probar de qué lado están las mentiras y de qué lado están los charlatanes.

Dijo entre otras cosas, que el Radicalismo tuvo tres presidentes de la República que fueron abogados de compañías extranjeras. Nos limitamos a recordar el desmentido oficial que hace dos días, a pocas cuadras de aquí, el Presidente del Comité Nacional, —el Dr. Arturo Frondizi— hizo de esa afirmación: el Radicalismo sólo tuvos dos presidentes: Hipólito Yrigoyen y Marcelo T. de Alvear. Y ninguno de ellos fué abogado de compañías extranjeras.

Ha dicho también que nosotros gobernamos la República durante un siglo y no hicimos nada por su mejoramiento... se olvida que Yrigoyen subió al gobierno en 1916 y fué volteado por una conjuración reaccionaria, de la que participó el actual Presidente, entonces capitán, en el año 30. Si supiera restar, sabría que del 16 al 30 sólo transcurrieron 14 años, muchos menos de lo que componen un siglo... pero si. además, fuera leal con sus conocimientos y con su información, hubiera debido reconocer que en esos 14 años de gobierno, mucho progresó el país y mucho hizo el Radicalismo por el progreso de la República. Hizo otras afirmaciones temerarias, pero a la que vamos a dedicar especial atención es a su afirmación de que los hombres de los partidos políticos no han cumplido honradamente sus mandatos y han manchado sus manos en negociados perjudiciales para el país.

Los que hoy militamos en el Radicalismo, no vamos a rehuír ninguna responsabilidad por los errores que el partido pudo cometer, que sabemos cometió y sabemos que

cometeremos cuando volvamos a ser gobierno. Esa es una contingencia que corren todos los partidos políticos en el poder. Pero podemos afirmar que jamás ningún gobierno cometió tantos errores ni se complicó en tantos escándalos administrativos como el gobierno de este "moralista" que sufre actualmente la República

Prescindamos de los nombres y de las circunstancias para dejar correr nuestra imaginación y pensar que no vivimos en Argentina ni en esta época para evitar los enfrentamientos de tipo personal; entonces podríamos mediante una comparación muy breve, enfrentar a dos figuras para que luego el pueblo saque conclusiones

Y así, llevados por la imaginación, nosotros podemos suponer que un día, hace de estos muchos años, en un pueblo cualquiera, de la provincia de Buenos Aires, se encontraron dos viajantes de comercio. Un viejo venerable de largas y pobladas barbas, un poco encorvado por el peso de los años y las viscisitudes de la vida y un joven desaprensivo, sin mayores inquietudes; ambos llevaban una valija. El viejo ofrecía anilinas, el joven ofertaba jabón. Se encontraron en un café y el joven reconoció de inmediato al viejo, se acercó a su mesa y en tono respetuoso le dijo:

—Yo lo conozco a Ud... Oí hablar mucho de Ud en mi casa y en mi pueblo. Sé muchas de las cosas que se dijeron de Ud., de su partido, de Yrigoyen y de su gobierno. Pero también sé que casi todas ellas eran calumnias. Yo aprendí a venerarlo porque ví en su conducta, luego del ostracismo, un hombre que mantenía austeridad en medida tal que nunca pudo complicarse en cosas raras en el gobierno. Pero le pido que me cuente su vida.

El viejo lo miró con ojos dolidos de tanto transitar y le dijo:

—Muchacho, mi vida casi no importa, estoy al final de ella. Puedo decirte con mucha tranquilidad que siendo joven como tú o quizá más joven, tuve ideales que nunca abandoné. Me entusiasmó una causa... la causa del pueblo; por ella luché toda la vida. Siendo muy joven al perder a mi padre, heredé de él una gran fortuna y la fuí

dejando al servicio de mis ideas en las árduas luchas políticas, al servicio de mis ideales, en favor de mi partido que fué la Unión Cívica Radical. Seguí lealmente a uno de sus jefes; lo serví creyendo que servía al país y a la causa del pueblo. Ocupé altas magistraturas; estoy servido por el país, no aspiro a nada más... El pueblo me ha pagado bien porque sin aspirar a las reivindicaciones en vida, sé que el pueblo me respeta, me comprende y sabe que cumplí con mi deber. Un día, mi partido cayó del gobierno, aceptamos en silencio la derrota y fuimos al ostracismo. Penamos en Martín García y un día volvimos de la cárcel. Un presidente surgido del fraude, que desconocía los derechos populares, nos quiso otorgar una pensión; mi dignidad no me permitía aceptarla; mientras ocupé magistraturas el país me pagó... yo no tenía derecho a seguir cobrando la pensión, pero tenía que vivir y he salido con esta valija a vender anilinas. Me canso, pero estoy recompensado, porque el pueblo me ve, me conoce y me saluda casi con reverencia... comprende que en esta valija yo llevo anilinas, pero en ella se encierra la dignidad de la vida republicana, se simboliza la austeridad de una conducta partidaria y también el honor de un ideal. ...¿Y de tu vida... qué hay muchacho?

Y el joven, encogiéndose de hombros, le contestó

—¿Qué le puedo decir de mi destino? Vivo con mi madre y mis hermanas en una vida que no ofrece mucho porvenir, aquí cerca, en otro pueblo de la provincia. Somos de origen humilde, no aspiramos a mucho ni tenemos oportunidad para hacerlo. Mi familia no tiene ambiciones. Digo mal. Tengo una hermana que sí las tiene... no terminamos de entenderla; yo no comprendo por qué. Es tan linda esta vida sencilla, esta vida provinciana. Pero ella tiene otras ideas, quiere ser artista, quiere ir a Buenos Aires, quiere triunfar en la radio. Cree que puede triunfar en el teatro. Ilusiones de su juventud. Yo vivo tranquilo, gano para vivir, pero esto no puede seguir. Yo lo veo y lo converso con mis amigos. En el país no hay ley, en el país hay fraude. Se legisla para los que tienen y no se gobierna para

los que no tienen. Yo pienso como radical y creo como Ud. que es la causa del pueblo.

Terminó el diálogo. Se separaron y cada uno siguió su curso. Muchas cosas ocurrieron en el país. Un día, tal como lo vaticinó el muchacho, las cosas no pudieron seguir. Se produjo la revolución y cambiaron las cosas. Un hombre afortunado, se improvisó en la función pública, joven y sonriente, con grado de coronel y mucho mayor grado de ambición, se asomó a un balcón. Repartió y repartiú. Prometió y algunas veces cumplió. Pero luego de su encumbramiento, algunas cosas no anduvieron bien. Su cuñado sufrió acusaciones, ya no estaba respaldado por la voluntad de su hermana, ya no estaba amparado por el poder de una familia que surgió de la noche a la mañana, Dios sabe cómo y de dónde, y en muy poco tiempo concentró un poder omnímodo como jamás hubo en ninguna parte. Y así fué que un día, muchos años después, en otro lugar del mundo que no era en esta tierra se volvieron a encontrar el viejo y el muchacho. Y el viejo sorprendido de ver que aquel hombre, a quien había conocido joven, llegara, —a edad tan temprana— hacia ese lugar de reposo con gesto extraño, mirada extraviada y la cabeza rota, le preguntó:

—¿Qué haces aquí muchacho?

—Yo no sé patriarca —dijo el joven—. No sé como llegué aquí. Aún no sé si me suicidé o me mataron. Yo estaba muy confuso, estaba inquieto. No estaba acostumbrado a vivir en las alturas. Y un día sentí que me acusaban. Luego no sé qué pasó No sé si me suicidé o me mataron.

—¿Pero que te pasó muchacho? Cuéntame que fué de tu vida.

—¿Recuerda aquella hermana de quién le hablé? Aquella que tenía ambiciones y en la familia nadie sabía por qué? Bien, aquella hermana se fué a Buenos Aires. Actuó en el teatro y actuó en la radio. Su suerte era la de muchas. Pero, ¿recuerda también que le dije que las cosas en mi país no podían seguir? Hubo una revolución. Tomó el control del gobierno un hombre joven que a todos sonreía y

que todo prometía resolver. La gente se prendó de él y él enamoró a mi hermana. Ella fué entonces la mujer del dictador y todo el poder lo tuvo en sus manos. Todo su poder bajó hasta la familia y yo también tuve poder. Nunca aspiré a eso. Pero llegué al poder. Debo haber actuado mal, quizá sin darme cuenta. La altura y el poder marean. Mi hermana concentraba a su alrededor toda la fuerza; sobre ella giraba el poder. Hacía personajes y volteaba ministros, hacía embajadores y desaforaba diputados; regalaba fortunas y hundía en la miseria. Las ofertas más disparatadas, los negocios más fabulosos, las participaciones más inesperadas llegaban a mí. Yo me tenté, hice fortuna y la hicieron mis amigos. Me rodeaba una gran corte. Mi hermana me protegía. El dictador decía ser mi amigo. Todo parecía sonreír. Pero yo no era feliz. Un día festejé un acontecimiento y alguien brindó por el soltero más rico del mundo. Me rodeaban mujeres bonitas, me cercaban los afectos fáciles. Me sobraban amigos, pero yo no era feliz. El pueblo, a quien rondaba la miseria, hablaba de mí. Y algunos decían que nueve de cada diez estrellas me usaban. Pero todo no puede durar una vida. Mi hermana enfermó, fué inútil todo intento por devolverle la salud. Yo nunca me expliqué por qué tuvo tanto afán de humillar, por qué tanta ansia de poder, por qué tanto esfuerzo para levantar y para deshacer. Muchos la querían, muchos la odiaban. Ella vivía desesperada por brillar, por mandar. Concentró en muy pocos años una fuerza, que creo que nadie llegó a tener. Desconoció a la historia, habló mal de nuestros próceres, insultó a contemporáneos y despreció a aquellos que, cerca de ella, la adulaban. No creyó en nadie, ni siquiera en Dios. Un día enfermó y murió, Fué explotada en vida, pero más lo fué en su muerte. No quiero recordar. El dictador siguió en el poder. Pero ya las cosas habían cambiado; había crisis en el país y la gente señalaba los errores. Yo era responsable, lo confieso, de una parte. Otros lo eran tanto como yo y lo ocultaban. El dictador fué más culpable que nadie y cargaba sus culpas a todos. El aparecía como intocable. Arreció el descontento del pueblo y un día el dictador habló por

radio. Dijo que vivía rodeado de alcahuetes y ladrones; que el que se le acercaba para ofrecerle un problema le traía un negociado. La gente me miró y yo perdí el control. El dictador declaró que caerían los culpables, fueran quienes fueran, y que a su propio padre mandaría a la cárcel. Yo no pude escuchar más. Presenté la renuncia. En la calle se decía que yo era un ladrón. En la calle se decía que yo huiría del país. En la calle se decía que tenía el avión preparado. Yo vivía desconcertado. Estaba fuera de mí. Y no sé que pasó. No sé si me suicidé o me mataron.

Que nadie se ría. Uds. saben de quienes estaba hablando. No necesito dar los nombres porque todos los conocen, pero en el drama de este pobre muchacho, que fué un humilde muchacho de pueblo sin mayores ambiciones está condensado el drama del país. Porque un día, sin quererlo y sin merecerlo, subió un grupo que metió la mano y lo tomó todo. Lo entregará al extranjero si esa es la solución para sobrevivir. No respetó la nacionalidad. Creyó que la historia comenzaba con ellos y no advirtieron a tiempo que con ellos sólo empezaba la anécdota. Terminarán algún día; su corrupción los deshace, la ambición los devora. La delación los angustia. La adulación los atrapa, no pueden evitarla. Levantarán monumentos y cantarán loas. Pero son minúsculos, son enanos, y cuanto más grandes sean los monumentos que quieran construír para endiosarse en vida, sólo mostrarán al mundo su pequeñez, su insignificancia.

Están tiradas dos líneas de conducta en el cotejo de estas dos vidas. La del que derrochó una fortuna por la causa del pueblo, sufrió cárcel, pero vivió para un ideal. Y esta otra del que vivía sin preocupaciones, que un día por azar de la fortuna llegó al poder y se enriqueció; están tiradas las dos líneas que encarnan dos concepciones políticas. Una, la que levanta la idea moral, la austeridad, y enfrenta al despotismo en nombre de la nacionalidad, de la soberanía del país y de la dignidad el pueblo; la otra, que solamente promete ventajas materiales, halaga a los instintos, despierta los apetitos y que lleva a los grandes caos, a la decepción en la República. La austeridad de un lado, los negociados

del otro. Pobreza en aquél, opulencia en éste. Pero dignidad allá y aquí vergüenza.

Usted ha dicho, señor Presidente, que a veces, para reirse de las mentiras y tonterías que decimos desde las tribunas públicas del Radicalismo, hace algún alto en su tareas y se acerca a los actos para enterarse de lo que decimos. Si esta noche nos hubiera hecho el honor de acercarse a esta esquina para escuchar, ya conoce cual es nuestra manera de pensar.

Y así, en voz muy baja, sin estridencia, en el tono de la confidencia con que debemos hablar desde aquí, hoy que el viento no sopla hacia el río, y no corremos riesgo de que estas palabras las escuchen nuestros hermanos del Uruguay, casi a su oído, invitándolo a la reflexión, yo le diría estas pocas palabras: ¿Me quiere decir, señor presidente, de qué lado están los charlatanes? ¿De qué lado están los ladrones?

Pronunciado en el Comité de la Seción 13ª en Abril de 1954

NUNCA HAY MALAS MADRES... HAY MALOS HIJOS

Nunca un gol

español tuvo tanta importancia como el del seleccionado juvenil que dió por tierra con las aspiraciones de los que querían brindarle un nuevo campeonato al dictador. Nunca hemos participado de las alegrías de algunos "contreras" cuando pierden los deportistas argentinos. Tampoco la hemos sentido ahora. Pero en tren de analizar el hecho, pensamos que, estos muchachitos de nuestro equipo de fútbol que fueron a conquistar un campeonato juvenil a Europa, no iban pensando en el triunfo como aspiración noble del deporte, sino que iban pensando en las ofertas que les había hecho el oficialismo como recompensa por el título que debían traer a Buenos Aires. Estos muchachitos, que son carne de nuestro pueblo, que merecen nuestra admiración en el campo de deportes por las virtudes que demuestran, iban jaqueados en su mayor virtud que era el desinterés. Pensando en el coche último modelo que les obsequiaría el líder, al dedicarle el triunfo, se distrajeron un instante, y un delantero español pudo hacer entrar la pelota en el arco argentino.

Pero, ¡qué ajenos están, estos muchachitos del seleccionado juvenil, al creer que el país todavía se puede dar el lujo de seguir obsequiando automóviles a sus deportistas! ¡Cuán ajenos están, estos muchachitos, de la auténtica realidad económica por que atraviesa el país!

Nadie quiere convencerse de que el país está viviendo una crisis. Nadie quiere convencerse de que ha pasado la época d los grandes negocios. El propio oficialismo trata de desmentirlo, pero los hechos, concretos y evidentes, nos muestran qué diferencia hay con aquella época de la jactancia, cuando el Presidente paseaba por pasillos repletos de oro en el Banco Central. Han pasado aquellos tiempos de la jactancia de Miguel Miranda y del Ministro Cereijo, y también la presuntuosidad de aquel discurso en que el Presidente decía que "nuestro país no vendía el lino por que el precio que se le pagaba no era un precio compensatorio". Llegó a decir que: al no comprarnos el lino, lo industrializaríamos y haríamos aceite. Que si no nos compraban el aceite, haríamos pintura, y que si no nos compraban la pintura, les obligaríamos (a los países de Europa) a mandar las casas desarmadas a pintar a la Argentina para que luego fueran devueltas y armadas en Europa.

Toda esa jactancia, todo ese orgullo, toda esa vanidad; ¿dónde ha quedado? Si hasta fuera caso de preguntarle, remedando el aviso ya conocido, ¿Con qué pintas Dominguito?

Porque, luego de hablar de los empréstitos anti-económicos que el país contrató en el exterior remontándonos al primitivo de la firma Baring Brothers, hoy llegamos a esta triste conclusión: que la Ley de Radicación de Capitales, que acaba de sancionar el Congreso peronista, implica, en el fondo, el más ignominioso de los empréstisos contratados por el país.

Como consecuencia de la gira continental que realiza Mr. Holland en que bautiza al líder nacionalista argentino de gran amigo de los yanquis, el Parlamento ha sancionado, con oposición Radical, la ley que se ha dado en llamar de Radicación de Capitales.

Simplemente bastaría decir que esa es una ley traducida, que viene escrita de Estados Unidos de Norteamérica, que se tradujo al castellano, y que se hace sancionar con sintomática y sospechosa similitud en todos los países que visita Mr. Holland, entre ellos el nuestro. Casi todas sus disposiciones son similares y facilitan la incorporación al país de capitales norteamericanos para establecer industrias que, a

ellos, les resulta útil descentralizar, creando nuevos centros de producción en Argentina.

No discutimos que, esos nuevos centros de producción, ampliarán la capacidad de trabajo, absorberán mayor mano de obra y crearán un mayor mercado de consumo en el país. Pero es conveniente saber si esa política, al mismo tiempo, independiza a la economía argentina o la supedita en forma irrevocable a la economía o a las necesidades de la economía norteamerican. ¿Nos traerán industrias que propenderán al desarrollo de algunas fuentes del país? Es posible. A condición de que convenga a los planes de desarrollo económico o a los planes de tipo estragético continental.

¿Incorporarán industrias que compitan con las nacionales? Es posible. Argumentarán que su mayor capacitación técnica determinará un acrecentamiento de la producción y también un menor costo lo que se traducirá en un menor precio de venta. Que eso redundará en beneficio de los salarios y de los impuestos... Habrá que ver si eso se hace para independizar la economía nacional adquiriendo fisonomía propia o también nos supedita a los planes y a los intereses de la economía que, conciben y dirigen los grandes magnates de la industria norteamericana.

Pero, ¿de qué modo se van a incorporar esos capitales? Porque es imprescindible saber qué métodos de valuación se van a emplear. Es verdad que, en EE. UU., el desarrollo acelerado y el progreso técnico determinan que los años de vida útil de las maquinarias sea inferior al de otros lugares del mundo y, desde ya descontado, de nuestro país. Las dificultades para conseguir divisas proceder al requipamiento industrial de la República, determina que muchas fábricas, incluso grandes fábricas del país, trabajen —aún hoy— con maquinarias que, en otros lugares, están totalmente radiadas de la actividad. Sobre todo en EE. UU., en algunas industrias, el proceso del desarrollo técnico determina que mucha maquinaria valga prácticamente cero al año de vida. Algunas a los dos, a los tres o a los cinco años.

Esa maquinaria se introducirá al país como radicación de capital norteamericano. ¿A qué precio? Si un industrial ar-

gentino quisiera comprar esa maquinaria en el mercado norteamericano, la podría adquirir a un precio irrisorio e incorporarla al país. Y luego las utilidades, que la incorración de esa máquina produjera, quedarían en el país puesto que los dividendos de las empresas se distribuyen entre sus propietarios que viven en la República. Pero mucho me temo que esa maquinaria obsoleta, en desuso en los EE. UU., entre al país con un valor exagerado en relación al precio que se podría adquirir hoy y allá. Eso determinará que un bien industrial que vale uno entre al país por un valor de diez y como se permite egresar, —en carácter de dividendo—, un porcentaje sobre el valor de incorporación, vamos a terminar con un extraordinario proceso de descapitalización argentina a pesar de una aparente mejora en el aspecto del desarrollo económico.

Si la máquina hubiera entrado por valor de un peso, comprada por un fabricante argentino, no egresarían divisas en concepto de dividendos. Si hubiera entrado radicada, desde el exterior, por un inversionista extranjero y valuada en un peso —aunque el dividendo fuera superior al que se ha fijado en la ley— seguiría en el país, al cabo de los años, al costo de un peso. Vale decir, que solamente hubiéramos pagado a través de los distintos ejercicios el valor real de la incorporación. Pero si ese bien, en lugar de entrar por su valor entra por el valor de diez ocurrirá que, al cabo de los años, lo que nosotros pudimos incorporar por uno se ha ido por diez. O sea que, el inversionista se habrá llevado diez veces del país el capital aportado. ¿De dónde ha de salir ese dinero? Del trabajo argentino. De las utilidades que se debieron capitalizar en el país y que van a emigrar. Y de esta manera (que se dice preserva el desarrollo económico del país y garantiza un mayor trabajo, una mayor producción y un menor costo) encontramos, al cabo de los años, que sólo ha servido para que el esfuerzo argentino capitalice aún más, al capital extranjero.

Y nos encontraremos en este caso como en el de muchos otros países que aceptaron esta política de ayuda; que en definitiva "la ayuda" se traduce en el empobrecimiento y en el endeudamiento del país socorrido. El caso típico lo tene-

mos en los países del Medio Oriente··. que han aceptado este tipo de colaboración para la explotación petrolera, o el caso más concreto de Egipto que admitió la incorporación de capitales para la construcción del canal de Suez, y los accionistas de la compañía llevan cobrados en dividendos varias veces su propio capital de inversión inicial.

Esta política a la que se lanza el gobierno es la única a la que puede dedicarse en momentos de crisis. Seguirá a ésta la que tiende a entregar la explotación del petróleo a empresas extranjeras. Ya no puede hacer el gobierno lo que quiere o lo que pensó. Debe limitarse a aceptar las condiciones que le imponen desde el exterior.

Con suma paciencia, Norteamérica toleró los discursos y desplantes de los personajes del régimen. Sus técnicos en economía, sus investigadores, preparaban informes periódicos demostrando que paulatinamente Argentina llegaría a una situación económica desfavorable y fatalmente debería recurrir a los auxilios de una potencia inversora. Es el eterno final de las dictaduras que proclaman mucho en defensa de su soberanía y luego entregan el patrimonio del país por que de esa manera se aseguran un aliado fuerte que los ayude a sobrevivir en el poder político.

Pensamos, sin embargo, que el pueblo ha de reaccionar porque no pueden entregarse, sin castigo, las palancas principales del desarrollo económico independiente de la Argentina.

Nosotros necesitamos importar máquinas. Necesitamos traer bienes de trabajo. Necesitamos explotar el petróleo, extraerlo del suelo, refinarlo y venderlo. Pero para ello no necesitamos que nos hagan inversiones de maquinarias ni de técnicos ni de financistas. Lo que necesitamos es que nos den divisas para comprar lo que haga falta y explotar de acuerdo con nuestras necesidades. Sin tutorías y sin paternalismos. Estas ayudas de tipo económico, ya son muy conocidas por los pueblos del mundo

Pero, esta situación tiene su explicación. Jamás un gobernante llegó al poder teniendo tantos medios para realizar verdaderas reformas en la economía argentina. Y, lamentable es decirlo, porque nos duele como argentinos, todo eso se ha esfumado. Nosotros hubiéramos sido los primeros,

sin dejar nuestra condición de opositores, en aplaudir un gobierno que hubiera sabido invertir bien los recursos del país y los hubiera puesto al servicio de su engrandecimiento. En eso no hubiéramos hecho cuestión de patria chica. Hubiéramos saludado con alborozo a quien hiciera progresar al país. Desde los primeros momentos del gobierno nuestros legisladores han estado alertando al Poder Ejecutivo sobre los errores de una equivocada política económica. Empezaron con aquellos desatinos de Miranda contra el campo argentino. Y ahora paga la industria ya que el campo no puede pagar más. Todo se ha esfumado, todo se ha dilapidado.

El país trabajó, sufrió y se empobreció para alimentar a un ogro descomunal. Nadie lo había advertido. Pero podemos decir que un ogro se instaló en la Casa de Gobierno un día y desde allí, con suma habilidad, fue captando, una por una, todas las clases sociales del país. Fué apoderándose de todos los resortes de la conducción nacional y como si todos hubiésemos sido ingenuos, dignos de los cuentos de la niñez, a todos nos fué poniendo en la bolsa insaciable del ogro. Todos se hicieron la gran ilusión. Los industriales harían su gran fortuna. La tienen, sin duda, hecha, sobre las utilidades cuantiosas aprovechando el resultado de la postguerra y los bajos salarios pagados a los obreros, y a los empleados en relación con las utilidades obtenidas; con la desvalorización del peso, que afectó a numerosos sectores del país, se fué pagando un proceso de industrialización, que deja, como resultado final, una industria en marcha. Pero esos industriales necesitan, cada día más, recurrir al auxilio del crédito bancario y de otros manejos, a fin de poder mantener el grado de evolución y desarrollo a que han llegado, pero —de ninguna manera— significa una etapa de estabilidad industrial.

También la riqueza se fué dilapidando en los paros, en las huelgas, en los conflictos artificiales creados entre los sectores del trabajo y del capital. En cada instante y por cualquier circunstancia —aunque sin mayor significación— la clase trabajadora paraba las máquinas, bajaba las puertas de los talleres y en tren de holganza venía cantando sus marchitas habituales hacia la Plaza de Mayo. Allí aparecía

Don Ogro en el balcón; hacía un discurso en que prometía el paraíso terrenal y los trabajadores aplaudían frenéticos por que además de obtener mejoras le podían contestar mal a los patrones. Y luego del festejo, del alborozo y del discurso, los trabajadores volvían a sus hogares contentos y entonando sus marchitas triunfales por que el líder había anunciado que al día siguiente era San Ogro, en todo el país.

Así se fué dilapidando la posibilidad del desarrollo revolucionario del país y hoy estamos pagando las consecuencias. En estas circunstancias, el oficialismo buscará alguna salida que lo desahogue y que oriente, por otros caminos, los motivos de intranquilidad popular que empiezan a sentirse. Ignoramos qué camino tomará, pero sabemos que será tortuoso, peligroso y equivocado. Ya quedan muy pocas personas o muy pocas instituciones a quienes echarles la culpa de lo que pasa. Y es por eso que el oficialismo se agita en una nerviosidad perceptible y sus principales figuras dicen cosas tan incoherentes y tan irresponsables que merecen alguna réplica. Porque luego de tanto discurso, luego de tanta jactancia, debemos llegar a esta triste conclusión; que los norteamericanos, que los ingleses y tantos otros negociantes hábiles del mundo sabían un poquito más de economía que nuestros dirigentes "justicialistas". Y estos han tenido que aprender que la economía no se maneja con discursos, y que sólo se puede progresar trabajando con esfuerzo, con talento y con habilidad.

Creen que todo lo pueden arreglar con discursos o con insultos. Síntoma de esta peligrosa desviación que va tomando el oficialismo está dado en el discurso pronunciado, hace pocos días, en una localidad de la provincia de Buenos Aires, por este gigante millonario Gobernador de la Provincia, Mayor Aloé. Ofuscado por la posibilidad de una derrota electoral —en trance de pisotear su investidura de gobernador para ponerla al servicio de una tendencia— ha ido a exigirles a los hombres de la provincia el voto por el gobierno. Y ha dicho que "el que no vota por Perón es un hijo de mala madre". ¿En qué quedamos Sr. Gobernador, gigante y millonario? Este régimen se ufana en decir que legaliza la situa-

ción de todos los hijos, que los iguala en su derechos ante la ley para que no existan esas desagradables categorías de hijos legítimos, naturales, adulterinos o incestuosos y ahora Ud. llega a la conclusión, luego de igualar a los hijos, que hay que empezar a descalificar a las madres... Vd. vive en un error. Las mujeres se santifican en el holocausto de la maternidad, se engrandecen cuando dan a luz una nueva vida. Y por eso puede decirse que nunca hay malas madres. En cambio, a veces, suele haber malos hijos. Si así los hubiera en este país, Sr. Gobernador, mire de su lado y muy cerca suyo. Los malos hijos del país no están en nuestro sector por que los Radicales, escuche bien, los Radicales jamás enviamos el edecán al funeral de nuestra madre mientras nos íbamos a probar la lancha de material plástico en el río.

Es risible que Don Ogro y sus adláteres hoy quieran encontrar malas madres y renieguen del pasado argentino. Lo que ocurre es que en Argentina han aparecido malos hijos y el país renegará de ellos. Quiera Dios que, en esa circunstancia, al país se le ahorren momentos difíciles. Nuestra historia es pródiga en cruentas rivalidades. Muchos años el país vivió dividido en dos sectores. Los que creyeron ver la solución en la libertad del pueblo y los que creyeron que el futuro nacional estaba en el federalismo y en la soberanía. Durante años lucharon enconadamente. Ensangrentaron al país y retrasaron el progreso nacional. Después de Caseros comprendieron que toda aquella lucha era estéril y que su fundamento estaba en la incomprensión de la realidad nacional, necesitada de ambas corrientes. Pero hoy, un gobierno que cercena las libertades, que desconoce los derechos, que entrega la soberanía del país y que ata su desarrollo económico, representa la negación absoluta de lo argentino y no tiene derecho a considerarse heredero de ningún partido nacional. Frente a él —la ciudadanía libre— que reclama el reintegro de sus derechos y de sus libertades, que defiende la soberanía nacional frente a cualquier atropello, y que reclama se cumplan los postulados de independencia económica, sin que se traben los aspectos del desarrollo agrario e industrial de la República, tiene derecho a considerarse depositaria de toda la herencia nacional, por que, en síntesis, representa a todos

los sectores que han defendido con honradez, aunque muchas veces en el error, una posición argentina.

No nos cabe duda de que la suerte está echada. Jamás una posición negativa y anti-nacional podrá sujetar a una expresión afirmativa y auténticamente argentina. Es una simple cuestión de tiempo que habrá que apresurar. Recordamos aquellas palabras proféticas de Ricardo Balbín —líder de la resistencia civil y consagrado como tal por la ciudadanía— cuando, una tarde, en un acto convocado por el Comité Nacional de la Unión Cívica Radical nos dijo: "Lo importante es bregar, en eso estamos. No importa quién lleva el palo. Lo que interesa es que llegue la bandera". Nosotros sabemos con tranquilidad y firmeza en el futuro, que la bandera del Radicalismo cubre el ámbito geográfico del país, por que ha sido fiel y leal a los grandes principios de la nacionalidad.

Pronunciado en la campaña 1954, LARRALDE candidato a vicepresidente

EL "LUCERO" NO PASÓ DE BARRILETE

Los Hombres

que hacemos militancia diaria en la vida política, ignoramos casi siempre cuánto puede haber de anedóctico en nuestra acción. No podemos precisar cuánto puede haber de trascendente y cuánto puede perdurar en el recuerdo de los contemporáneos sobre nuestros hechos y nuestros dichos. También pesa esta advertencia sobre lo que digamos o lo que ocurra esta noche o luego, como resultado de lo que aquí se diga o se haga. Sin embargo, todos tenemos la sensación de que vivímos horas definitivas y caminamos sobre trazos de historia que no es menuda y supera lo anecdótico, pues cualquiera sea nuestra ubicación política y cualquiera sea nuestra ubicación frente a los últimos acontecimientos, advertimos que estamos trasnochando horas de vigilias que no son las del ritmo diario, normal, común y cotidiano. Han ocurrido cosas en la República, en tan poco tiempo, y con tanta celeridad, que el país observa con ojos de asombro, cómo se derrumba un sistema que parecía eterno y monolítico.

Los que hablaban del tercer período presidencial del líder, ya advierten que resultará muy difícil terminar el segundo.

Cómo habrá sido el cimbronazo, que el todopoderoso

jefe del partido oficialista, luego de pasada la impresión que en su ánimo debió provocar el bombardeo del 16 de junio, ha propuesto a los partidos políticos una tregua bajo el nombre de pacificación. ¿Es una mano leal que se extiende para el franco apretón?, o es ésta, como muchos sospechan, ¿una garra que esconde sus uñas para luego herir mejor? Hay quienes pueden asustarse por la pregunta y quienes puedan asustarse también por la respuesta.

Ya alguna vez este ex-ministro fugitivo, este ex-ministro Borlenghi, supo inquietarse por alguna de nuestras apreciaciones, diciendo que incitaban a la rebelión. Pero como consecuencia de los acontecimientos, que tanto han sacudido al país, ocurre que, los que incitábamos a la rebelión, seguimos hablando desde las tribunas de la oposición, y el ministro temeroso, ha huído del país con sus bolsillos llenos de dinero mal habido, para seguir viviendo cómodamente en el extranjero.

Y digo que algunos pueden asustarse de la pregunta y otros quizá de la respuesta, pero es que, durante estos pocos días de la pacificación, figuras prominentes de los partidos opositores han dicho por radiotelefonía su posición frente al drama nacional.

Es entonces, cuando este flamante y provinciano ministro del Interior, Dr. Albrieu, sucesor del ministro fugitivo, acaba de decir peligrosas palabras que demuestran la tendencia de una mentalidad que no se ajusta a las normas republicanas. Acaba de decir que la política de pacificación, ha concluído porque los partidos opositores no han querido acatar la política de pacificación.

¿Qué es esto de acatar, Sr. Riojano Ministro del Interior En las democracias los hombres cumplen las leyes pero no acatan las disposiones que se les quieran imponer por cualquier camino. La política de pacificación es un ardid del que se quiere valer el gobierno para capear una mala situación y no corresponde decir que debe ser acatada por los partidos opositores

En las democracias se conversa, se dialoga, y para decirlo en términos que un ministro provinciano debiera com-

prender, la política es una payada permanente. Y si el señor Ministro del Interior quiere que las fuerzas opositoras acaten, si quiere evitar el diálogo, si quiere —en definitiva— evitar la payada, nosotros debemos llegar a esta triste conclusión: que el nuevo ministro del Interior, a pesar de ser riojano, no tiene uñas de guitarrero para la discusión democrática.

Lo que ocurre, en definitiva, es algo que tenemos que explicar. En estos últimos tiempos, luego del episodio revolucionario de junio, en las esferas del gobierno se producen acontecimientos; se tramita quizá una sucesión y se quiere evitar que los partidos opositores digan lo que ocurre en el oficialismo. Se trata de impedir que la ciudadanía sepa entretelones de conjuras palaciegas. Pero el pueblo, con rara sensibilidad, va captando alguno de los pormenores.

Ha ido advirtiendo cómo la figura del líder se opaca, se empequeñece. Ha advertido cómo desaparece de la información periodística. Ha advertido, con extrañeza, cómo un día no se realizó el homenaje consabido a las 20,25, y que luego se volvió a la rutina de siempre. Ha visto también cómo cayó el Consejo Superior del partido oficialista, para ser reemplazado por figuras que fueron y ahora son las de última hora.

Pero lo que más ha llamado la atención, es cómo han subido las acciones y la cotización de un personaje adicto al líder, que en los últimos tiempos lleva camino de encumbrase más alto. Pareciera que en esta época en que todo el mundo habla de las posibilidades de lanzar un satélite artificial, también el peronismo, —que pretende ser revolucionario— está largando al espacio su satélite.

Ya no es el Presidente el que habla; es un ministro. Ya es un ministro de uniforme el que informa sobre las novedades y el que habla de lo que vendrá.

Este satélite por lo mismo que lo es, carece de luz propia, es opaco, refleja exclusivamente la luz y el pensamiento del centro que lo maneja. Algunos pueden pensar que es un nuevo planeta, pero no llega a tanto. Hay quienes ha-

blan de alguna constelación. Algunos piensan que puede ser un lucero. pero la sabiduría popular que capta instantáneamente, que define, y califica muchas veces con gracejo ocurrente, sabe perfectamente que este satélite del peronismo, no es un nuevo planeta, no es una constelación y tampoco es un lucero. Todos sabemos que este satélite es un simple barrilete sin flecos que se está quedando sin cola.

A pesar de ello, el satélite no lo advierte. De alguna manera quiere cubrir las formas y cerrar los cursos por los cuales hace agua el barco peronista.

Entonces, el ministro satélite, recorre las guarniciones cercanas a Buenos Aires, para repartir entre la oficialidad del ejército argentino, órdenes de coches porque quiere convertir al ejército de San Martín en el ejército de los Mercedes Benz. Sin embargo ha podido advertir cómo, en muchos casos, oficiales altivos que hacen honor a la genuina estirpe del ejército de San Martín han rechazado la prebenda.

El satélite quiere asegurar fidelidades y en su recorrida solo está recogiendo lecciones de dignidad que hombres libres, que abrazaron su carrera de uniforme para garantizar la dignidad de su pueblo, le están dando cada día... lecciones de alta moral ciudadana. Parecería que este ministro satélite tuviera que aprender aquella vieja lección Sanmartiniana.

Cuando el Ejército Libertador debió afrontar el cruce de la Cordillera, para llevar libertad a nuestros hermanos de Chile y Perú, faltaban toda clase de elementos y no se tenía ninguna clase de comodidades. A pesar de los urgentes requerimientos de San Martín, al gobierno central para que los proveyera, la repuesta resultaba negativa.

Pero inspirado en su gran determinación y por su pasión para que en la tierra de América solo hubiera pueblos libres, el General San Martín, en un célebre mensaje decía que si era necesario "el ejército cabalgaría en pelotas como nuestros hermanos los indios".

Hoy este ejército del ministro satélite, no tendría que recordar la lección sanmartiniana y para darle el gusto a

los jerarcas del oficialismo tendrá que seguir viajando en los lujosos e insolentes Cadillacs, Kaisers o Mercedes Benz, con que el oficialismo trata de comprar la conciencia de los oficiales del ejército argentino. Pero también ha de ser una tarea vana.

Luego del bombardeo del 16 de junio, la mentalidad de los hombres y mujeres de Argentina, ha cambiado. Nosotros no podemos dejar de lamentar las víctimas del episodio, porque cualquiera fuera el bando en que militaran esas víctimas del bombardeo, eran nuestros hermanos en la gran pasión argentina.

Pero nosotros debemos decir con responsabilidad, aunque ello sea conteniendo lágrimas y reprimiendo dolor, que cuando un pueblo cae en la corrupción solo puede salir de ella si un gran cataclismo o una gran conmoción lo sacude. Y el país vivió hasta el 15 de junio en un régimen cartaginés, en que la moral se quería contar en monedas.

Yo recuerdo con gran dolor, como, en una reunión de amigos, una mujer joven, bien parecida y ambiciosa decía que lamentaba no tener una hija de 15 años, para mandarla a la UES y que allí le entregaran una órden para un Mercedes Benz. Yo no pude contener mi espanto y casi mi indignación al ver como una madre argentina podía cotizar en tan baja moneda la dignidad de una hija. Pero pienso que, —luego del bombardeo— esta madre debe haber corrido presurosa a retirar de la escuela primaria a su hija de 7 u 8 años, para llevarla —casi enloquecida de espanto— a la seguridad de su casa··. y que, esa madre argentina, no volverá a pensar más en el Mercedes Benz ni en la motoneta ni en el triciclo que pueda regalarle un régimen dictatorial, porque, —desde allí hasta hoy— debe pensar todos los días que entre las víctimas del bombardeo, en esos tranvías u ómnibus pudo haber quedado también aprisionado el cadáver de su pequeña hija.

Lo que piensa esa madre también lo piensa el país. Por eso no tiene éxito el ministro satélite, que quiere sembrar

las guarniciones con Mercedes Benz, ya que la oficialidad argentina también piensa, con responsabilidad, que es hora de que el Ejército Argentino vuelva a ser el de San Martín y deje de ser una escudería de Jorge Antonio o de Kaiser.

Ese ejército desenvainará su espada un día para recuperar su virtud y terminar con el oprobio del negociado y del peculado. Todos saben que los días ya están contados. Todos saben que los hombres del interior recogen también, luego de esta desesperanza, el clamor de la República. Ellos están recordando aquellas estrofas del Santos Vega:

Los que tengan corazón
los que el alma libre tengan,
los valientes, esos vengan
a escuchar esta canción.

Responde el eco de las legiones gauchas que bajaban para defender a la Patria y decían:

de Buenos Aires nos llaman
a Buenos Aires volemos.

Llegarán muy pronto las legiones de la libertad a las puertas de esta ciudad de Buenos Aires. Las legiones avanzan y, casi como en una ensoñación, nosotros podemos ver a su frente la figura de un hombre que, sin ser militar, un día dejó sus estudios y su profesión para montarse sobre un caballo y acaudillar legiones argentinas que liberaron América. Es la figura de un hombre que no necesitó de decálogos para comprender lo que debía hacer el soldado y que un día, con el filo de su espada, cortó un cacho de cielo con los colores celeste y blanco e hizo esta bandera

que siempre amamos y a la que el poeta cantara en aquellas estrofas;

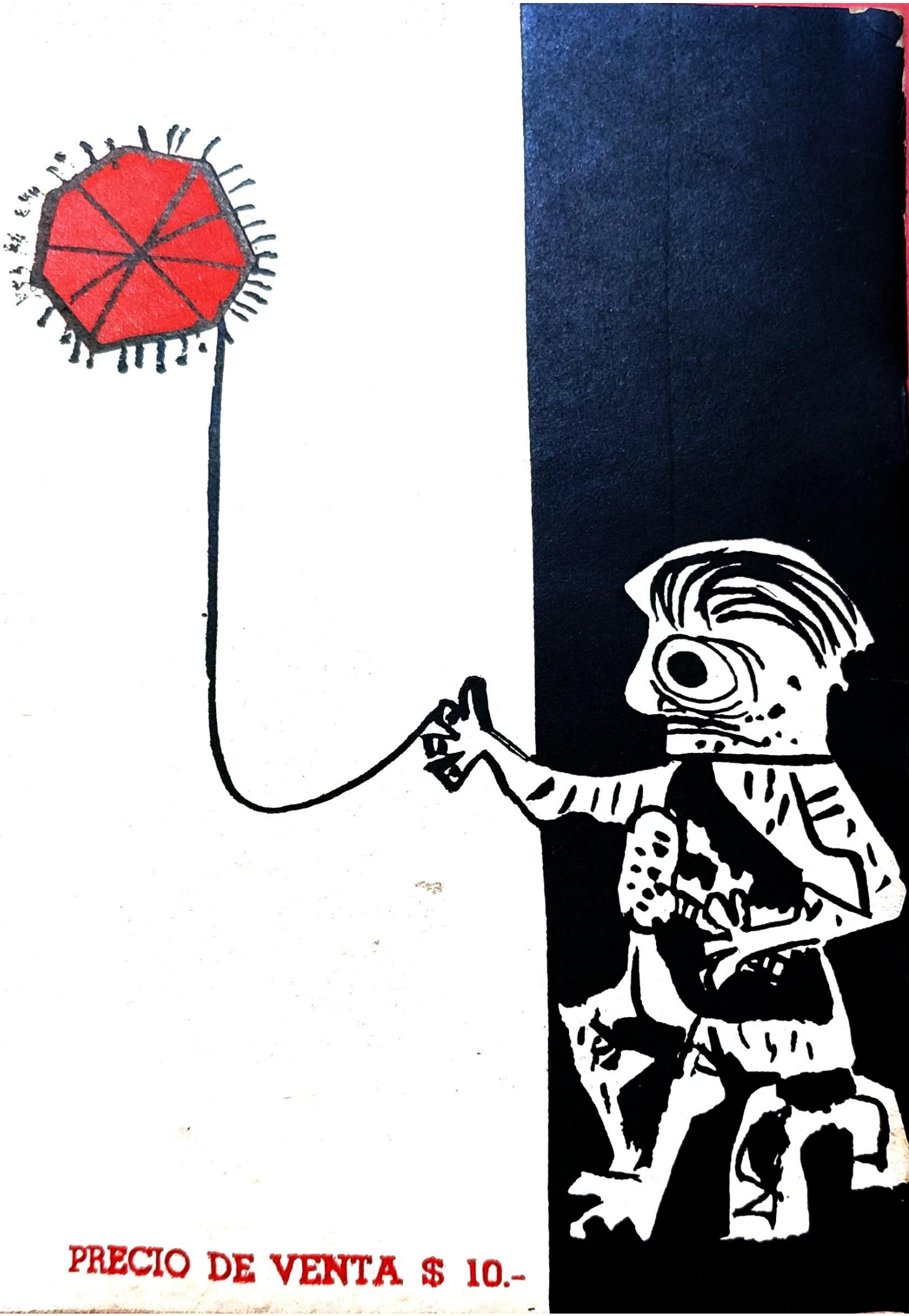
página eterna de argentina gloria
melancólica imágen de la Patria mía.

Esa bandera que acaba de ser mancillada, ha de tener también su reivindicación en hora cercana. La falange de los hombres libres, viene avanzando desde el interior hacia Buenos Aires; a su cabeza están los próceres, delante de ellos, la figura, la del General Belgrano, y a su frente, enseñando el camino, esa bandera celeste y blanca, esa página eterna de argentina gloria que viene empujada por los gauchos que dicen:

de Buenos Aires nos llaman,
a Buenos Aires volemos.

Pronunciado el 24 de Agosto de 1955, en el Salón Sokol, último acto realizado por la Unión Cívica Radical durante el régimen de Perón.

Impresiones "ARAUCO" — Perú 565



PRECIO DE VENTA $ 10.-